

CASA-MORADA: HÁBITAT DE LA FAMILIA*

Como citar este artículo:

Páez-Martínez, R.M. (2017). Casa-morada: hábitat de la familia. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 9, 80-95.

RUTH MILENA PÁEZ-MARTÍNEZ*

Recibido: 09 de marzo de 2017

Aprobado: 21 de abril de 2017

RESUMEN: Objetivo. Presentar resultados parciales de una investigación cualitativa con enfoque hermenéutico-simbólico en torno al simbolismo de familias bogotanas de las localidades de Suba y Usaquén respecto de la familia y el espacio que habitan; y a partir de allí mostrar algunas posibilidades de convivencia en el escenario familiar. Metodología. Se seleccionaron 27 familias que fueron visitadas *in situ* a las que se aplicó una entrevista semiestructurada múltiple, además de 166 familias que participaron a través de una encuesta estandarizada. Resultados y conclusiones. Se halló que las relaciones de la familia con la casa, en tanto espacio-morada, son determinantes de las vinculaciones entre sus miembros; y que tanto la casa como la familia son concebidas como centro de referencia para la vida presente y futura de sus integrantes.

PALABRAS CLAVE: familia, morada, casa, simbolismo, educación.

* Artículo derivado del proyecto de investigación posdoctoral: "Familia y morada: posibilidades para la convivencia en familias bogotanas. Una perspectiva simbólica", en la línea de investigación "Actores e instituciones educativas" del CINDE, la Universidad de Manizales, la Universidad de La Frontera y la UCSP. La pasantía posdoctoral fue avalada por la Vicerrectoría de Investigación y Transferencia (VRIT) de la Universidad de La Salle (VRIT-236-2015). En la recolección de información *in situ* participaron las trabajadoras sociales Liliana Riveros y Claudia Romero de los colegios Bosco V y Bosco III de Bogotá, el arquitecto Germán Darío Rodríguez, junto con Ruth Milena Páez Martínez (investigadora principal).

** Doctora en Educación. Universidad de La Salle de Bogotá, Bogotá, Colombia. E-mail: rmpaez@unisalle.edu.co.

 orcid.org/0000-0003-1032-0780.

HOUSE-DWELLING: HABITAT FOR THE FAMILY

ABSTRACT: Objective. To present partial results of a qualitative research with a hermeneutic-symbolic approach around the symbolism of Bogota families from the Suba and Usaquén localities, regarding the family and the space that they inhabit and, from there, to show some possibilities of coexistence in the family scenario. Methodology. A total of 27 families were visited in situ and a multiple semi-structured interview was applied, in addition to 166 families that participated through a standardized survey. Results and conclusions. It was found that the relationships of the family with the house, as a house-dwelling space, are determinant of the bonds between its members and that both, the house and the family, are conceived as a center of reference for the present and future life of its members.

KEY WORDS: family, dwelling, house, symbolism, education.

INTRODUCCIÓN

La problemática que enmarca la investigación puede mirarse en dos vías: por la vida familiar y por la crisis del símbolo. Por un lado, nos enfrentamos a una crisis de las estructuras de acogida (familia, ciudad, religión, escuela) por las profundas interrupciones que experimenta la sociedad occidental en los procesos de transmisión social, axiológica, afectiva, práctica e intelectual (Duch, 1998, 2002; Duch y Chillón, 2012; Mardones, 2003); evidenciada a través de investigaciones en perspectiva educativa para el contexto colombiano por Páez-Martínez (2016, 2017). Se observa, por ejemplo, que tanto la familia como la escuela se encuentran sin los mecanismos suficientes para abordar las preguntas fundacionales en diversos espacios y tiempos del ser humano; muchas veces incapaces de abrir horizontes de presente y de futuro sobre la base de una tradición que ha de reconocerse y renovarse según el caso.

Esto se advierte en el incremento de dificultades de convivencia y de violencia intrafamiliar que recaen sobre distintos miembros de la familia —en especial, mujeres, ancianos y niños— y sobre la escuela en la que se reflejan problemas de

convivencia escolar. Muchos de los estudios acerca de la violencia intrafamiliar en Colombia así lo revelan (Agudelo, 2005; Alfaro, Alarcón y Macías, 2008; Calvo, 1995; Caicedo, 2005; Cepeda, Moncada y Álvarez, 2007; Fernández y Giraldo, 2006; Gómez, Murad y Calderón, 2013; Hernández, 2013; Lafaurie, 2007; Páez-Martínez, 2016, 2017; Pineda y Otero, 2004; Polo y Celis, 2007; Rueda, 2011; Salas, 2005; Sánchez y Valencia, 2007; Sierra, Macana y Cortés, 2006). Esta situación, por la alta permeabilidad del microsistema familiar, incide en las dinámicas escolares y se convierte en uno de los factores relacionados con la violencia escolar que no puede mirarse de forma desconectada de la familia (Castillo-Pulido, 2011; González, Mariaca y Arias, 2014; Chaux, 2011; Erazo-Santander, 2010; López de Mesa-Melo et al., 2013; Ramírez-López y Arcila-Rodríguez, 2013).

Por la vía del símbolo, por otro, no puede ocultarse la necesidad humana de buscar sentido a su existencia más allá de lo que percibe con los recursos de una lógica racional:

¿cómo se explica que una y otra vez [...] resurja por los senderos más inesperados la fascinación por lo sagrado y el encanto del Misterio? [...] ¿Por qué no se reduce nuestra vida a lo que nos dicen los ojos y palpan nuestras manos, alargadas y potenciadas con los extraordinarios medios científico-técnicos? (Mardones, 2003, p. 9)

Dos situaciones extremas son señaladas por Mardones (2003): *el objetivismo racionalista* que se aleja de lo trascendente y observa el ‘misterio’ reducido a la administración religiosa y el *subjetivismo ingenuo* a través de una *new age* con formas difusas de la religiosidad que propenden por una experiencia de tipo subjetivo y personal con aspiraciones al encuentro con lo divino. Ante esto, “la recuperación del símbolo” no da espera en tanto mediación adecuada y necesaria en la vida humana.

En este breve contexto se planteó la pregunta: ¿de qué manera la perspectiva simbólica aporta en la convivencia de familias bogotanas?, cuyo objetivo fue: caracterizar el simbolismo de familias bogotanas de las localidades de Suba y Usaquén en torno a la familia, al espacio que habitan y el tiempo que comparten; y a partir de allí construir un campo de posibilidades formativas y de convivencia en el escenario familiar.

METODOLOGÍA

Para el abordaje del objetivo propuesto, el método empleado fue la hermenéutica simbólica de Andrés Ortiz-Osés (1994); ya que plantea un método coherente con la naturaleza del símbolo debido a que, por su mediación, se le puede estudiar en la cultura con la condición de mantener la tensión y el movimiento permanente —de ida y vuelta— entre la lógica y lo mítico. Entre hermenéutica y simbolismo hay

una oposición, entre lo consciente (el lenguaje es objeto y sujeto de interpretación) y lo inconsciente (el interés no es solo epistemológico, sino más bien antropológico: el lenguaje es comprendido como relato de determinada relación vivida, de una experiencia antropológica donde se configura simbólicamente el sentido humano dando lugar a diversas cosmovisiones, axiologías y mito-logías). Esta oposición no se asumió como defecto en el estudio, sino como una condición mediadora del problema: “el hijo es la síntesis del padre y de la madre, el cual funda como hermano la hermandad o fraternidad primigenia, que da fundamento simbólico a la democracia” (Ortiz-Osés, 1994, p. 225). Así, en esta investigación, no se quiso una ubicación en los extremos —aunque se reconocen— sino el punto medio de dicha tensión. Dicha opción favoreció: (i) la recuperación de un relacionismo simbólico donde se pregunta por el sentido humano y no solo por el significado que las familias seleccionadas para el estudio dan a la familia y a su casa y (ii) la adopción de la mediación del diálogo en el acercamiento a la población.

El trabajo de campo se hizo con 197 adultos (padres, madres o acudientes) de familias bogotanas de bajos recursos de las localidades de Bosa y Usaquén de Bogotá, 27 de ellos fueron visitados *in situ* y se les aplicó una entrevista semiestructurada múltiple (con las miradas de una trabajadora social, un arquitecto y una investigadora); con los otros 166 adultos se aplicó una encuesta estandarizada. Los insumos capturados se triangularon con fuentes centrales del simbolismo (ARAS, 2011; Chevalier y Geerbrandt, 2007; Duch, 1998; Mardones, 2002; Hamilton, 2008), así como del simbolismo relacionado con la familia (Duch y Mélich, 2009; Duch y Chillón, 2012) y el simbolismo relacionado con educación (Duch, 1997). Finalmente con fuentes complementarias de campos de lo estético y artístico (Kandinsky, 1996; Jaramillo, 2005; Paz, 1998; Perec, 1999; Rivero, 2005).

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Construcciones simbólicas de casa y familia

Dentro de los resultados del estudio, en el eje relaciones espacialidad-familia-vivienda y el eje concepciones de casa y familia, se identificó la casa como un lugar físico-espiritual de *protección* de la persona y la familia como una *morada* y la familia como el *centro* de la vida.

Estos resultados que se presentan tienen la preponderancia del simbolismo; es decir signos y símbolos latentes en la vida de muchas familias a través de las voces de adultos, 156 mujeres (madres o abuelas) y 37 hombres (padres o abuelos) de niños y niñas menores de doce años de edad. Se asume que los enunciados verbales de estos adultos (en las encuestas y las entrevistas) han sido permeados por las interacciones

entre unos y otros miembros del microsistema familiar; toda voz es 'polifónica' y en sí misma plurívoca.

Por la misma naturaleza del símbolo, los resultados pueden percibirse como ahistóricos por cuanto no muestran una ubicación histórica del contexto ni de los sujetos participantes en el estudio. La razón central de esta decisión se debe a que lo simbólico se concibe como una constante antropológica en el ser humano; como una presencia latente en diversas culturas y regiones, en diversos oficios o labores e incluso en la diversidad de viviendas.

En efecto, todos los participantes del estudio viven en Bogotá, aunque provienen de distintas regiones del país (un 44,92 %); los símbolos de casa y familia emergen a través de constelaciones de imágenes idénticas o muy similares como se podrá ver en lo que sigue. De igual modo, aun cuando la ocupación o el oficio principal de los informantes es diversa y aun cuando las características de las viviendas también difirieron unas de otras, las constantes simbólicas se mantuvieron¹.

Un par de consideraciones más. Muchas investigaciones sobre la familia en Colombia han hecho un marcado énfasis en el contexto de los estudios, revelando problemáticas de violencia intrafamiliar con aportes significativos y poniendo en evidencia la gran necesidad de incluir a las familias con mayor contundencia en decisiones políticas que incidan sobre sus propios contextos; esto dentro de las dinámicas que plantean los órdenes lógico-racionales de organización social (Páez-Martínez, 2017; Páez et al., 2016). No obstante, propuestas o aproximaciones a transformaciones desde el campo antropológico y simbólico donde la primacía del orden es analógico-emocional no pueden ignorarse. Siendo en este lugar, donde me ubico para el desarrollo de los resultados.

De igual forma el símbolo, aunque manifiesto y presente de diversas maneras en la vida familiar, poco se ha colocado como objeto de estudio en el campo de la convivencia familiar. En consecuencia, estos resultados contienen o tienen de suyo el símbolo como posibilidad para mejorar la convivencia en familias bogotanas.

La casa-morada

Una casa desprovista de sus habitantes y de los objetos de sus habitantes no es una casa-morada, así como no lo es la casa que pone en riesgo la vida de sus miembros. Esto se explica a través de tres categorías emergentes en el estudio: la casa-piel, la casa-reposo y la casa-encuentro.

¹ Según el estrato: el 6,02 % de las viviendas de los participantes en el estudio es de estrato 1; el 77,08 % son de estrato 2; el 19,28 % son de estrato 3. Según el carácter de la vivienda: el 46,39 % de los encuestados habita en vivienda propia; el 37,95 % en vivienda en arriendo; el 8,43 % en vivienda familiar; el 4,22 % en vivienda prestada y el 3,01 % no responde.

La casa-piel

La casa tiene una capa protectora hecha de diversos materiales. Esta capa es una frontera entre el espacio exterior y el interior: una especie de límite donde se asimila el afuera, el peligro, el agite, lo ajeno; mientras que el adentro se asimila a la seguridad, la tranquilidad, lo propio.

Estar dentro de la casa ofrece la sensación de *seguridad*, como estar dentro de un castillo que se sabe no se derrumbará. Pero es cierto que, aun cuando la casa no tenga las condiciones de infraestructura adecuadas para ser habitada, el que vive en ella necesita sentir que sí lo es para que su día a día de regreso sea posible y deseado. En las voces de las familias, su casa es: “una protección para uno, uno llega y descansa [...]”. Es como algo blindado, por dentro está lo que yo más quiero” (EN26)²; “un lugar donde podemos habitar sin temor a inundaciones, derrumbes” (EN20); “el lugar donde ellos se pueden refugiar y sentir seguros” (EES81).

Lo anterior, concuerda con otra respuesta que dieron las familias tanto entrevistadas como encuestadas ante la pregunta: ¿se siente usted protegido y seguro en su casa? Todos respondieron afirmativamente, a excepción de tres mujeres: una vive en arriendo, en un espacio que no es independiente de otros arrendatarios, y expresa que “le quieren abrir la puerta de su espacio”; otra, manifiesta que un ‘extraño’ ingresó a la vivienda cuando el niño estaba solo; y otra tiene el temor con el propio padre de sus hijos: “desde que el papá de mis hijos se cortó las venas, le tengo pánico, un miedo” (EN12).

Bachelard (2006) afirma que la casa es el referente de intimidad más próximo y recordable, en especial cuando el afuera es el sitio del peligro que ha desaparecido de la vista, tal como es el caso de las casas que sufren el invierno estacional.

La casa recibe del invierno reservas de intimidad [...]. En el mundo fuera de la casa, la nieve borra los pasos, confunde los caminos, ahoga los ruidos, oculta los colores [...]. El soñador de casas sabe todo esto, siente todo esto, y por la disminución del ser del mundo exterior, conoce un aumento de intensidad de todos los valores íntimos. (p. 72-73)

Cuando el mundo de fuera parece borrado y oculto sin referentes de recordación de unas calles, unos parajes, unos sitios de referencia o cuando todo parece confuso, lo mejor es una casa en medio de un invierno intenso. Una casa opuesta al exterior que intensifique los recuerdos, que se haga vieja al llevarnos a un largo pasado a través de los cuentos y las historias alrededor de una chimenea (Bachelard, 2006). Con esta imagen de la casa en invierno esta puede personificarse como una madre protectora

² Los códigos que aparecen a partir de esta sección en el artículo significan: EN: entrevista; EE: encuesta estandarizada; S: Suba (localidad); C: Codito (barrio en localidad de Usaquén).

del frío, del peligro y la amenaza. Muy grave que la casa se vuelva el lugar al que no se quiere ir por inseguro, por incierto, por perturbador. Y esta es una situación que experimentan aquellos que hacen parte de familias con violencia, sordas a las voces de los otros, sin comunicación.

Una casa frente a la hostilidad del huracán y la tormenta es resistente. Y estos valores de resistencia y protección se trasladan en valores humanos.

La casa adquiere las energías físicas y morales de un cuerpo humano [...]. Bajo las ráfagas se dobla cuando hay que doblarse, segura de enderezarse a tiempo negando siempre las derrotas pasajeras. Una casa así exige al hombre un heroísmo cósmico [...]. A la inversa y en contra de todo, la casa nos ayuda a decir: seré un habitante del mundo a pesar del mundo [...]. La casa vivida no es una casa inerte. El espacio habitado trasciende el espacio geométrico. (Bachelard, 2006, p. 78-79)

Asimismo, en el campo de la casa-morada, estar dentro de la casa también ofrece la sensación de *tranquilidad*; se trata de percibirla como un sitio físico donde es posible tener sosiego en contraste con el alboroto, el arrebato y la velocidad del afuera. Las familias del estudio definen la casa como: “el lugar para uno vivir tranquilo, cómodo, que nadie lo moleste ni lo perjudique [...]. Cuando uno vive en arriendo, uno sufre mucho [...] ya uno con su casita, uno está tranquilo” (EN8); “es el sitio más importante que desearía tener por la tranquilidad de la familia (EEC16)” (lo dice porque vive en inquilinato); “el lugar donde uno puede habitar tranquilo, puede dormir” (EN9).

Además de concebir la casa como un lugar seguro y tranquilo, también se tiene por cierto que el techo que la cubre o la capa que la envuelve se asimila a un *refugio*; la casa es “el lugar donde uno se refugia al lado de sus hijos” (EN26); “la guarida donde planeamos, creamos nuestros sueños y formamos nuestro futuro” (EES104); “el templo, es sagrada para mí, porque están las personas que amo, es nuestro refugio” (EES89).

La casa se asemeja a la cuna, al vientre materno protector. La cuna, la primera cama humana,

es un símbolo del seno materno del que toma el relevo inmediato. Elemento de protección indispensable, blando y caliente, queda en nosotros como el recuerdo de los orígenes, que se traduce en las nostalgias inconscientes del retorno al útero y de su balanceo, se asocia a la felicidad de la seguridad despreocupada [...]. Matriz que navega o que vuela y que salvaguarda a los hombres en la travesía del mundo. (Chevalier y Geerbrandt, 2007. p. 392)

El valor de la casa, en tanto protección y refugio, proviene de esa necesidad humana de salvaguardarse de las incomodidades ambientales y del peligro que acecha afuera. No sería posible estar todo el tiempo a la intemperie ni al descubierto; el símbolo media y atrae hacia un régimen nocturno, femenino y protector de lo imaginario (Durand, 2004) que se expresa en la imagen de la casa.

La casa-reposo

La casa, en su encierro y aislamiento del mundo exterior gracias a la piel que le cubre y que separa ese adentro del afuera, posibilita una de las acciones más necesarias en el ser humano: el reposo. Luego del régimen despierto y luminoso del día es necesario el régimen del sueño y la oscuridad (Durand, 2004). La casa, y en concreto la cama, favorece pasar de la postura vertical que nos mantiene alerta y en vigilia a esa postura horizontal desprevénida y hasta frágil que se asume a la hora de dormir.

La cama, que no varía sino que es la misma de todos los días, se espera y se anhela cuando se vuelve a casa. Casi que anticipa la hora de la muerte, del descanso ‘eterno’; como dice el poeta Darío Jaramillo en “Canto a mi cama”:

mi cama es la cama de todos los días [...]
mi cama me acoge cada noche, se abre en la forma de cada músculo mío,
mi cama tiene la prueba de que no existo sino en sueños [...].
Cama que me conoces solitario, quieto, difunto casi,
cuánto te agradezco que me entrenes
para que la muerte así me llegue [...]. (2005, p. 55)

Estar dentro de la casa ofrece la posibilidad del *descanso*, dejar que el cuerpo se detenga; se libere de tensiones y tome distancia de las dinámicas laborales y lógicas que obliga la vida cotidiana en su fase diurna. Se da entonces una inmersión en el sueño, el sueño de levantarse al día siguiente hasta conseguir un deseo pretendido en lo personal o familiar (un nuevo trabajo, un ascenso, una casa); pero también, el sueño recreado por la mente mientras se duerme. Bien han dicho los participantes en la investigación, que la casa es: “donde uno descansa, toma sus alimentos” (EN23); “hogar donde uno llega a descansar de una rutina laboral” (EN22); “lugar donde al final del día llegamos todos los miembros de la familia a descansar” (EES101).

De nuevo, por el reposo, se anhela regresar a casa; particularmente, por la cama como espacio individual por excelencia: “espacio elemental del cuerpo (la cama-mónada), que incluso el hombre más acribillado de deudas tiene derecho a conservar: los del juzgado no pueden llevarse *vuestra* cama; [...] sólo tenemos una cama, que es *nuestra cama*” (Perec, 1999, p. 38). El ser humano necesita su casa como espacio de reposo que, se espera, prodigue las condiciones para la convivencia y no para la violencia. De ahí lo potente del simbolismo de la casa-morada.

La casa-encuentro

Dentro de la casa se concentran aquellos que han estado afuera con otros que también han estado afuera y con los que no han salido de casa. En la cotidianidad, el punto de encuentro es la casa que aparece como un imán o centro de gravedad que atrae de vuelta a los suyos, a sus habitantes, estén cerca o lejos. La casa misma se constituye en lugar de encuentro de la familia, el ‘preferido’: “la casa es muy importante porque es lugar donde todos nos encontramos” (EEC32); “mi casa es el mejor sitio para estar con mi familia” (EEC8); “el encuentro o el calor del hogar” (EES65).

¿Encontrarse para qué? Para *compartir* las alegrías y tristezas del día, el alimento, el tiempo y en todo, la palabra: “mi casita es muy importante porque es donde comparto con mis hijos” (EES43); “lugar donde estoy con mi familia, compartimos tiempo, diálogo, se toman decisiones” (EN7); “sitio donde la familia convive y comparte sus tristezas y alegrías” (EES23).

Encontrarse para fortalecer la *unión* y *reunión* de la familia porque unirse fortalece lazos: “la casa es un lugar de acogimiento para reunirse con la familia” (EEC38); “se viven buenos y malos momentos, pero se sabe que con la unión se sale adelante” (EES122); “el hogar donde nos podemos reunir, como el corazón de todo mi hogar” (EEC11); “es la unión de la familia” (EES22). Además, para encontrarse bajo un mismo techo para aportar en la *formación* y la *crianza* de los menores: “la casa es un lugar adecuado para la formación de una familia” (EES86); “lugar donde estoy criando a mis hijas” (EES75); “una bendición de Dios para poder criar a mis hijos y ayudarlos” (EES103).

Se puede salir de casa pero tarde o temprano se anhela regresar a ella por ser morada, por ser reposo y por ser encuentro. Por la casa se crea un nido, se anida, se encuentra un “nicho en la vida” (ARAS, 2011, p. 618); aunque también hay unión en torno a un fuego que hay que contener: “el resplandeciente fuego del hogar es el símbolo del centro vital de la familia, la comunidad y la nación, aunque ya no dependamos de él como antes para obtener calor, luz, protección y cocinar la comida” (ARAS, 2011, p. 578). Este es uno de los mayores puntos de correspondencia entre la casa y la familia: son un *centro*. Es acá donde se hace un desplazamiento del concepto de casa al de hogar. Siendo este último, además de una estructura física, un punto de confluencia animado por la idea de un fuego que no puede apagarse; de un “espíritu de hogar” que desde tiempos arcaicos se representaba en forma femenina: una de las más conocidas la diosa griega Hestia, diosa del hogar, símbolo de la casa, a quien se presentaban los recién nacidos antes de ser recibidos en familia y a quien se ofrendaba cada comida (Hamilton, 2008). Este espíritu “presidía la reunión de la familia o de la comunidad, mediaba e integraba en los conflictos de sus miembros, preparando y ejerciendo de guardián en la reunión con devoción y paciencia” (ARAS, 2011, p. 578). Hacia el centro convergen los miembros de la familia, es decir, hacia el mismo centro que es la familia.

La familia-centro

Una familia que tiene su casa como sitio de refugio, de reposo y de encuentro, de alguna manera tiene asegurada la salud física y espiritual de sus miembros; con menos riesgo que aquellas itinerantes o migrantes que andan en busca de esa casa-morada o aquellas donde habitar en ellas se constituye en violación a la vida misma. La familia es “centro y reunión de los vivos y los muertos, a un tiempo altar, cama donde se hace el amor, fogón donde se cocina, ceniza que entierra a los antepasados” (Paz, 1998, p. 330). Para hablar de la familia-centro los hallazgos investigativos dejaron entrever que la familia se concibe como un todo, como unión y como motor o impulso para vivir.

La familia-todo

Una respuesta bastante frecuente entre los participantes ante la pregunta “qué es la familia (su familia)” fue la de concebirla como un todo, como lo más importante, como un núcleo, con las imágenes de la raíz y la columna como símbolos de estabilidad básica y de fuerza. Las columnas de los edificios son la base de su estabilidad y de su ensamble con las demás piezas: “quebrantarlas es amenazar el edificio entero. Es por esto por lo que son tomadas a menudo por el todo. Simbolizan la solidez de un edificio, sea arquitectónico, social o personal” (Chevalier y Gheerbrant, 2007, p. 323). La familia se concibe como columna de sus miembros, como el árbol que da vida y sostiene todo lo que ella significa.

A través de las voces, la familia: “es mi todo, yo soy parte de ese todo” (EN4); “es todo, uno solo en este mundo es un vago errante, pero con familia, con hijos, uno ve la vida de otra manera; a uno solo no le dan ganas de nada” (EN13); “el núcleo principal de una persona, yo para mis hijos soy el sustento de todo, la familia es todo para una persona” (EN6); “lo prioritario en mi vida” (EES88).

Una derivación de este valor asignado a la familia por parte de sus miembros adultos consiste en que se le asimila como núcleo de formación y de crecimiento en valores: “es el núcleo de la sociedad, el centro de todo, ahí es donde formo y educo al ser humano que es mi hijo que hará parte de la sociedad” (EES89); “es el núcleo principal de todos los valores” (EEC18); “la base fundamental para el crecimiento de nuestros hijos” (EES125). En este grupo de voces aparece una de las funciones educativas de la familia que, por lo menos en el discurso de los participantes, se proyecta como una acción que se realiza o como lo que se reconoce debe hacerse. Este deber ser entra en tensión con las cifras de violencia intrafamiliar que reportan los estudios mencionados, así como con la significativa interrupción de las estructuras de acogida (entre las que se encuentra la familia) ha generado “una profunda crisis pedagógica” donde los trayectos vitales, personales y familiares se ven fragmentados

por los vacíos de una memoria que se desconoce cómo transmitir o que se subestima por el encantamiento de los “nuevos tiempos”. Pero ha de advertirse que “la afirmación del presente siempre comporta una cierta relectura y rehabilitación del pasado y, al propio tiempo, el deseo, evocado desde la seguridad del momento actual, de un futuro más humano, feliz e interesante” (Duch, 1997, p. 86).

La familia-unión-comunidad

Es cierto que el hogar físico ha evolucionado desde la primitiva losa de piedra o fosa de barro dentro de una caverna, en una sola habitación, hacia la presencia de una pared en la casa como en la Edad Media. Pero su simbolismo perdura en el tiempo cuando los miembros de la familia se reúnen en torno de un centro ya sea una sala, una mesa, un patio o en torno de un “espíritu del hogar” que desde hace mucho tiempo velaba por la unidad y estabilidad del grupo (ARAS, 2011).

Esto se refleja en otras voces de los entrevistados quienes conciben la familia como el mismo hecho de la unión entre sus miembros y de la vida en una comunidad que se apoya y ayuda en todas las circunstancias que se presenten: “la familia es esa unión de varias personas de las que se recibe apoyo y comprensión” (EN14); “es estar unidos en los problemas, en todo lo que uno hace” (EN26); “es alegría de *vivir* día a día, a pesar de los tropiezos, siempre se mantiene unida” (EEC33); “mi familia es muy unida, si le pasa a alguno algo, todos estamos ahí, nos apoyamos los unos a los otros” (EES6).

La casa-hogar como espacio central para la familia posibilita el encuentro y la reunión al estar bajo el mismo techo. Particularmente reunirse en torno de una mesa es una de las acciones más frecuentes de las familias, valorada en muchos casos como espacio preferido para dialogar. Esto explica su potente simbolismo: “la mesa es un medio potencial para la animación, para reunir compañía y relacionarse, ya sea en la armonía o la discordia. Las comidas familiares alrededor de la mesa evocan la realidad con la pretensión de una vida familiar cohesionada” (ARAS, 2011, p. 584); se constituye en un principio de unión, de orden y de vida para las personas que comparten el alimento.

La familia-motor: impulso para luchar y salir adelante

En las voces de los adultos entrevistados la familia es: “mi motor, mi vida, mi esposo es mi pilar” (EES43); “el motor para salir adelante, cumplir con los sueños y los proyectos que uno tiene como familia” (EES5); “el grupo que conforta mi vida, me anima y motiva para continuar luchando día a día por cada uno” (EES69); “mi motor para seguir luchando día a día” (EEC2); “el motivo para luchar cada día, para trabajar y salir adelante ante las adversidades” (EES98).

Esta idea de lucha parece ser una constante en el discurso de las familias de bajos recursos. Cuando no se tienen los medios económicos para la supervivencia diaria hay que salir a buscar una solución: trabajando varias horas, incluso más de las legales; desplazándose largos trayectos hasta el sitio laboral; aceptando las condiciones que imponen los empleadores; durmiendo menos para dejar la casa limpia y “ayudar en algo” con las tareas de los niños; madrugando más para dejar el almuerzo listo desde la madrugada (en el caso de las mujeres). La familia se convierte en el impulso para sobrevivir y ‘progresar’ con la ilusión de mejorar las condiciones actuales.

Ante la escasez económica tener una familia se constituye en un regalo generoso de un ser sobrenatural, un *Dios* que ha deseado hacer un regalo a sus miembros, por eso se le concibe como: “lo más importante que Dios me dio” (EES71); “el mayor tesoro que Dios ha podido darme” (EES1); “lo máspreciado que Dios me ha dado” (EES103). En este sentido la familia también se constituye en una fuente de bondades y ofrecimientos inmateriales que se reciben como una ‘compensación’ ante la insuficiencia económica o laboral de sus miembros.

Posibilidades de convivencia familiar

Provocar que la casa resuene

La manera como se concibe la casa corresponde con las vinculaciones hechas en su interior. Kandinsky (1996) habla de una resonancia interior de las formas (la casa) que se expresa exteriormente:

si el lector considera cualquier objeto situado en su mesa [...], captará su sentido exterior al mismo tiempo que experimentará su resonancia interior, siendo uno siempre independiente del otro. Lo mismo sucederá en cualquier lugar y en cualquier época [...]. *El mundo está lleno de resonancias. Constituye un cosmos de seres que ejercen una acción espiritual. La materia muerta es espíritu vivo.* (p. 27-28)

La resonancia es el alma de la forma, en nuestro caso, de la casa experimentada por quienes entran en relación con aquella y le dan vida. Quienes hablan de su casa, hablan de su resonancia en ellos: porque alberga protección y refugio en su interior, porque quienes la habitan se sienten salvaguardados en ella, más seguros de exponerse a las adversidades del afuera y más deseosos de retornar a esta. Esto también se explica cuando la casa se vuelve emisora de símbolos apenas entra en la historia de sus integrantes: “los espacios físicos se resuelven en arquetipos geométricos que son formas emisoras de símbolos [...] los accidentes del terreno se vuelven significativos apenas se insertan en la historia” (Paz, 1998, p. 293). De ahí que la casa no solo sea la casa geométrica sino la casa-morada, un hábitat de la familia.

Potenciar la capacidad simbólica desde la familia

¿Por qué la casa de la familia resulta un lugar ‘habitable’ para sus miembros aun cuando sus condiciones de espacio, infraestructura, e incluso aseo no sean las mejores?; ¿por qué el mundo humano es habitable?

Por un lado por la capacidad simbólica del ser humano que le permite construir relaciones, sobrevivir y dar sentido a su vida en un espacio concreto de alta ‘resonancia’:

la posibilidad de que el mundo humano sea un mundo habitable y habitado se debe a la capacidad simbólica que es inherente a la condición humana. En efecto, al *empalabrar* el mundo (su mundo), los seres humanos configuran un entorno amable y cordial (aunque nunca del todo amable y cordial) sin el que sobrevivir sería algo imposible. Mitos y rituales, relatos, acciones y gestos simbólicos son puntos de apoyo, son orientaciones [...] que pueden convertirse en ‘teodiceas prácticas’ mediante las que los seres humanos ‘diseñamos’ un universo con un principio de *sentido*. (Duch y Mélich, 2009, p. 174)

Por otro porque nadie puede vivir desprotegido ni física, ni simbólicamente. El símbolo, en la palabra y la imagen, forma una especie de capa protectora que reduce los dolores y tragedias de la contingencia humana a niveles manejables. El símbolo cumple su papel mediador y la familia hace lo suyo, o debería hacer lo suyo, garantizando la ayuda que se requiere ante el devenir de sus miembros.

Recuperar el símbolo

Esto se traduce en una tarea de humanización: “recuperar la sensibilidad humanista [...] que nos conduzca hacia la potenciación y apertura de los espíritus al Misterio. Necesitamos de la racionalidad simbólica [...] el símbolo es vida y remite a la vida” (Mardones, 2003, p. 12-15). Ante esto, la convivencia familiar amerita considerar los espacios de la casa como determinantes de palabra y de relaciones; espacios pensados con más intencionalidad. Las viviendas de los entrevistados en el estudio, a excepción de cinco, fueron hechas de a poco: en la medida que las condiciones económicas iban permitiendo una ampliación, un piso más, una remodelación. En muchos casos, a la par que se iba aumentando el número de miembros, se iban reajustando los espacios.

CONCLUSIÓN

El espacio que habita la familia es de alta significación y simbolización para cada uno de sus miembros, es la certeza de pisar una tierra que es 'propia' aun cuando la casa no lo sea: "la pregunta por el espacio es la pregunta por la presencia del otro, la certeza de su estar en algún lugar, es la pregunta por la identidad" (Páez, 2016, p. 107). Esta pregunta resulta de enorme implicación cuando se aborda o estudia la convivencia familiar por cuanto se está considerando *dónde* tiene lugar dicha convivencia, así como la proximidad física con los objetos y con las personas, con una finalidad: entender el sentido que dan a la familia y a la casa quienes la conforman; entender cómo se construyen o no unos vínculos. Esto sugiere que tanto las investigaciones como las propuestas que se hagan a la familia, particularmente aquellas encaminadas a estudiar la violencia intrafamiliar, contemplen el estudio de la casa o del espacio donde esta tiene lugar como parte fundamental.

Se observa que a pesar de las vicisitudes económicas y sociales de las familias del estudio estas tienden a persistir y buscar en el seno familiar los motivos para despertarse cada día, salir de casa y regresar. De ahí que pueda identificarse que las dificultades en la convivencia familiar tienen que ver con la "falta de sentirse parte de" ya sea una historia familiar o un proyecto de vida familiar, con la escasa identificación de unos y otros allí en el espacio común que comparten; con los escasos encuentros cara a cara (Páez-Martínez, 2017); con la presencia de un espacio externo que poco favorece la construcción del espacio interior o la "casa interior" de sus habitantes, algo parecido a las casas abandonadas de las que habla Rivero (2005): "desguarnecidas, abandonadas, han roto ya con ese último vínculo: el de quien toma una lámpara y abre una puerta para dar una última mirada de amor" (p. 38). Queda pendiente una mirada más honda a la vida privada de la familia ayudados del símbolo como mediación afectiva y relacional entre sus miembros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo, M. (2005). Descripción de la dinámica interna de las familias monoparentales, simultáneas, extendidas y compuestas del municipio de Medellín, vinculadas al proyecto de prevención temprana de la agresión. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 3 (1), 153-179.
- Alfaro, M., Alarcón, Y. y Macías, M. (2008). Violencia intrafamiliar: efectividad de la ley en el barrio las Flores de la ciudad de Barranquilla. *Revista de Derecho*, 29, 178-210.
- ARAS. (2011). *El libro de los símbolos*. Madrid, España: Taschen.
- Calvo, G y Castro, Y. (1995). *La familia en Colombia: un estado del arte de la investigación 1980-1994*. Bogotá, Colombia: ICBF.
- Caicedo, C. (2005). Lucha contra la violencia intrafamiliar: perspectivas desde la experiencia colombiana. *Thématique*, 13, 71-97.
- Castillo-Pulido, L. (2011). El acoso escolar. Delas causas, origen y manifestaciones a la pregunta por el sentido que le otorgan los actores. *Magis. Revista Internacional de Investigación en Educación*, 4 (8), 415-428.
- Cepeda, E., Moncada, E. y Álvarez, V. (2007). Violencia intrafamiliar que afecta a estudiantes de educación básica y media en Bogotá. *Revista de Salud Pública*, 9 (4), 516-528.
- González, V., Mariaca, J. y Arias, J. (2014). Estudio exploratorio del *bullying* en Medellín. *Pensando Psicología*, 10 (17), 17-25.
- Chaux, E. (2011). Múltiples perspectivas sobre un problema complejo: comentarios sobre cinco investigaciones en violencia escolar. *Psykbe*, 20 (2), 79-86.
- Chevalier, J. y Geerbrandt, A. (2007). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona, España: Herder.
- Duch, L. (2002). *Antropología de la vida cotidiana. Simbolismo y salud*. Madrid, España: Trotta.
- Duch, L. (1998). *Mito, interpretación y cultura*. Barcelona, España: Herder.
- Duch, L. (1997). *La educación y la crisis de la modernidad*. Barcelona, España: Paidós.
- Duch, L. y Mélich, J.-C. (2009). *Ambigüedades del amor*. Madrid, España: Trotta.
- Duch, L. y Chillón, A. (2012). *Un ser de mediaciones. Antropología de la comunicación*. Barcelona, España: Herder.
- Erazo-Santander, O.A. (2010). Reflexiones sobre la violencia escolar. *Revista de Psicología GEPU*, 1 (3), 74-86.
- Fernández, A. y Giraldo, C. (2006). *Proyecto de ampliación del observatorio de violencia y delincuencia*. Bogotá, Colombia: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Gómez, C., Murad, R. y Calderón, M. (2013). *Historias de violencia, roles, prácticas y discursos legitimadores. Violencia contra las mujeres en Colombia 2000-2010*. Bogotá, Colombia: PROFAMILIA.
- Hamilton, E. (2008). *Mitología. Todos los relatos griegos, latinos y nórdicos*. Madrid, España: Turner.
- Hernández, H. (2013). Comportamiento de las lesiones por violencia intrafamiliar. En *Comportamiento de la violencia intrafamiliar, Colombia, 2013* (pp. 335-420). Bogotá, Colombia: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.
- Jaramillo, D. (2003). *Libros de poemas*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

- Kandinsky, V. (1996). *Punto y línea sobre el plano*. Barcelona, España: Paidós.
- Lafaurie, M. (2007). La violencia intrafamiliar y el maltrato a la infancia en Colombia: una aproximación. *Revista Colombiana de Enfermería*, 2 (2), 43-50.
- López de Mesa-Melo, C. et al. (2013). Factores asociados a la convivencia escolar en adolescentes. *Educación y Educadores*, 16 (3), 383-410.
- Mardones, J.M. (2003). *La vida del símbolo. La dimensión simbólica de la religión*. Bilbao, España: Editorial SalTerrae.
- Ortiz-Osés, A. (Coord.). (2004). *Arquetipos y símbolos colectivos*. Barcelona, España: Anthropos.
- Páez-Martínez, R. (2016). ¿Des-víos de la familia en la formación de los hijos e hijas? Nuevos perfiles, funciones constantes. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (1), 261-272.
- Páez-Martínez, R. (2016). Familia, morada y simbolismo. En J. Meza y R. Páez (Coord.). *Familia, escuela y desarrollo humano*. Bogotá, Colombia: Universidad de La Salle y CLACSO.
- Páez-Martínez, R. (2016). Entre el espacio signico y simbólico. A propósito de la Guía de las Escuelas. En F. Vásquez (Ed.). *Relectura a la Guía de las Escuelas Cristianas* (pp. 93-108). Bogotá, Colombia: Ediciones UNISALLE.
- Páez-Martínez, R. (2017). Tendencias de investigaciones sobre la familia en Colombia. Una perspectiva educativa. *Revista Latinoamericana en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 17 (2), 823-837.
- Páez-Martínez, R. (2017). *Lo mítico en la formación de niños. Una propuesta para integrar lo imaginario, la narrativa, la comunicación, el rito, la memoria y lo estético en la escuela*. Bogotá, Colombia: CLACSO.
- Páez-Martínez, R. et al. (2016). *La familia rural y sus formas de diálogo en la construcción de paz en Colombia*. Bogotá, Colombia: Ediciones UNISALLE y CLACSO.
- Paz, O. (1998). *El laberinto de la soledad*. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Perec, G. (1999). *Especies de espacios*. Barcelona, España: Montesinos.
- Pineda, J. y Otero. L. (2004). Género, violencia intrafamiliar e intervención pública en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 17, 19-31.
- Polo, J. y Celis, L. (2007). Apuntes acerca de la violencia, la violencia intrafamiliar y la violencia escolar. *Revista PsicoGente*, 10 (17), 16-25.
- Ramírez, C. y Arcila-Rodríguez, W. (2013). Violencia, conflicto y agresividad en el escenario escolar. *Educación y Educadores*, 16 (3), 411-429.
- Rivero, M. (2005). *Baladas*. Bogotá, Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- Rueda, L. (2011). La violencia sicológica contra las mujeres en Colombia. *Revista de Economía del Rosario*, 14 (2), 165-188.
- Salas, L. (2005). *Transmisión intergeneracional de la violencia intrafamiliar: evidencia para las familias colombianas*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.
- Sánchez, M. y Valencia, S. (2007). *Lectura sistémica sobre familia y el patrón de la violencia recensión*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- Sierra, R., Macana, N. y Cortés, C. (2006). Impacto social de la violencia intrafamiliar. *Violencia intrafamiliar* (pp. 81-150). Bogotá, Colombia: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.